

ANDALUCÍA MITICA (Y X) / SIERRA MÁGICA



REPORTAJE GRAFICO: J.F. FERRER

La sierra grande, la sierra mágica

«En Sierra Mágina las noches son de lobos sin lobos, con el cielo como una taza de algo que se derramó arriba y que contenía diamantes y leche negra»

LUIS MIGUEL FUENTES

ALBANCHEZ DE MÁGICA.— Los olivos han levantado el horizonte por llegar más allá. La sierra quizá la hicieron los olivos que querían volar. Las montañas tienen cabelleras superpuestas; cabelleras verdes o en llamas, porque a veces la roca es una llama que se congeló de vértigo; la cabellera de los olivos o la cabellera de la piedra cayendo o erizándose sobre otra piedra; y cuando a veces los montes pelados se unen por debajo, la vegetación les hace allí un pubis, el sexo frondoso y seco de una gran dama tumbada, tomada salvajemente por los vientos, en lo que debe ser el amor de las fieras o de las cordilleras. Sierra Mágina, como varios telones sucesivos de brumas y precipicios; las montañas de las que se descuelgan castillos, los castillos de los que se descuelgan pueblos, los pueblos de los que se descuelgan silencios y crucifijos, los silencios y crucifijos de los que se descuelga un Cristo andando o en borrico. Los de allí no saben si el nombre de Mágina viene de magna, de sierra grande; o viene quizá de mágica, allí donde dicen que habitan duendes y por la noche se oye el espectro de la muerte buscando a sus víctimas. Pero las noches de Sierra Mágina son unas noches de lobos sin lobos, con el cielo como una taza de algo que se derramó arriba y que contenía diamantes y leche negra. Y sus días, una luz empinada que tomó una gran trago de calor y tierra para el viaje.

En Sierra Mágina, los pueblos fueron un moro o tomaron el nombre de un moro o de su amada; o fueron fundados directamente por un milagro, que allí los milagros salen con la azada. Mágina se llama también el mundo literario de Antonio Muñoz Molina, nombre reverberante para el horizonte de su infancia. Según sus palabras, «la sierra alta y azul tras la cual imaginaba los mares y las extensiones del mundo». La Mágina de Muñoz Molina es en realidad su Úbeda pasada por los patios de la niñez, desde los que la sierra verdadera se le aparecía como todo lo misterioso y lo ancho por descubrir o por imaginar. Pero quizá en la Sierra Mágina verdadera también alguien se pueda enamorar de una joven emparejada e incorrupta, como en El jinete polaco, porque la sierra ya tuvo milagros con mancas, montañas con tesoros que salen en los cuentos árabes, maquis entre las ovejas, caras de humedad o sorpresa que salen en las casas (Bélmez); seguramente allí puede pasar todo o al menos hacer un cuadro con lo que pudo haber pasado, que es casi igual de bello.

Albanchez quizá fue un moro y ahora un pueblo. Albanchez de Mágina, antes Albanchez de Úbeda, en la falda del Aznaitín, monte con hechuras de catarata, bajo un castillo medieval altísimo y adelgazado, a punto siempre de resbalar desde el borde de la peña, un castillo como pensado sólo para pájaros sin miedo o pastores que vuelen. Por las calles que se



volvieron locas por las cuestas, pasan burros con perrillos atados, extrañas parejas de un centinela sediento y una montura dormida. Burros con aperos, burros con merienda y con hierros para el olivar, ir en burro porque en la naturaleza más virgen los coches todavía succumben pesadamente como bueyes demasiado gordos. Montados en burros, los paisanos llaman a las puertas y dejan la calle en una

«Seguramente allí puede pasar de todo o al menos hacer un cuadro con lo que pudo haber pasado, que es casi igual de bello»

paz agropecuaria o cantarera. En Albanchez de Mágina, el viento sopla por las estrecheces del pueblo y suena como un flautista que corriera mucho. Quizá es el viento lo que por la noche confunden con espectros, cuando la montaña es un *armonium* que se ha destapado. «Una vez venía un representante por la carretera y dicen que se paró a la mitad, porque decía que el pico atraía al coche -recuerda con chufra Francisco, sentado con otro paisano en un escalón-. Aunque una noche de cacería, en un barracón, estábamos acostados, con lluvia, y arriba se escuchaba como si estuvieran tirando de una cadena, y los dos cagados».

Pero los espíritus son ramas o la misma noche con sus suspiros, y en Albanchez, el misterio que más seduce es el del tesoro del monte

Aznaitín. «Dicen que en el cerro Aznaitín hay oro -cuenta Francisco-. Hay dichos de los viejos: 'Cerro Aznaitín ser muy rico, mucho oro' y otro que dice 'frente la cabeza del toro está el tesoro'. Pero nadie sabe qué es eso de la cabeza del toro. Pasó una cosa, que estaba mi padre en la mili en Marruecos y le estaba leyendo la carta una mora, y pasó un moro que le llegaban las barbas hasta el suelo, y cuando supo de dónde era mi padre, le dijo: 'Cerro Aznaitín ser muy rico, mucho oro', y a mi padre casi se le cae el gorro». «A mí también me dijo eso un moro en Algeciras», dice su compañero. «Pero yo he estado allí y no me he encontrado nada, aunque ahí hay obra mora», insiste Francisco.

Ni oro ni espíritus ni faunos se encontró nunca Gregorio, que ha sido pastor desde los ocho años y al que todavía, a sus 75, se le nota la agilidad bajando las cuestas, como con algo heredado de sus cabritillos. «Yo lo que digo es que si hay tesoros de los moros, por qué no han venido y se los han llevado», sentencia. Sí recuerda Gregorio a los maquis de la guerra, los chaparros. «Había unas cuantos de Huelma y Torres y Mancha Real, que no se portaban mal, pero si teníamos pan, pues le dábamos medio, a ver qué iba uno a hacer, y comían con nosotros. El problema era que nos ponían en un compromiso con la Guardia Civil, que nos preguntaban por ellos». Y es que la historia entremete con más frecuencia a sus aparecidos que los sortilegios, la historia que juega con la vida y con los miedos con más efectividad que los ruidos que da la sierra grande, la sierra mágica, hermosa y caliente como una madre búho que les cubre.

Sombra y plata

El cuadro mágico es un Cristo greñudo como el que contaba Muñoz Molina, un Cristo con saya, un poco pudoroso y un poco planchadora, un Cristo oscuro con sus milagros tenebristas en la falda. En la iglesia de Cabra del Santo Cristo, donde la divinidad respira sombra y platería, el cuadro está todavía colocado sobre sus andas, pues allí lo procesionan entre la devoción y la obediencia, como si fuera un comendador que se hizo Dios. No sin razón, pues mucho le debe el pueblo a ese Cristo que casi los fundó. Cabra del Santo Cristo, nombre sobrevenido de un prodigio, es un pueblo como hecho entre esparteros y milagros. Fue un lugar de pastoreo hasta que ocurrió aquello del cuadro y la manca, dicen que en el siglo XVII. Desde entonces, en Cabra del Santo Cristo, el hecho religioso, esa fe que empieza en municipal y luego atraviesa las regiones, se ha convertido en el centro de todo y todas las calles terminan en la misma cruz. «Aquí la gente es muy religiosa. Hay pueblos de Granada o de Málaga que tienen al Santo Cristo como patrón», explica Juan Jesús Garzón, que a continuación relata el milagro: «El corregidor de Burgos le mandó a un famoso pintor de Guadix que hiciera una copia del cuadro Santo Cristo de Burgos que había en la catedral.

Antiguamente, el paso para Guadix era por aquí, y cuentan que vino un señor con el lienzo enrollado, y que hizo noche en Cabra, en una pensión que le dicen la Casa Grande, que llevaba una señora que era manca. Esta señora, trasteando un poco con la mercadería que traía este señor, tocó el lienzo y le curó la manquedad. Y entonces, pues todo el pueblo salió 'milagro, milagro'. Pero la gente no quería que se fuera el cuadro». Cuentan que cuando al fin se llevaban del pueblo el cuadro del Santo Cristo, se les murió una burra en las afueras, lo que a los de allí les pareció una señal evidente y bíblica de que el mismo Cristo no quería irse, agrandando aún más su fama. «Hubo hasta un contencioso entre el obispado de Burgos y el de Guadix -continúa Juan Jesús-, y se llegó a la solución de que se hiciera una réplica del Santo Cristo de Burgos y se quedara aquí. Se construyó la iglesia y ése es el cuadro que sigue ahí».

En Cabra del Santo Cristo, pueblo renacentista con casas como palacetes para arqueros o caballeros venecianos, el silencio es tan denso como un Concorde. La pensión del milagro es ahora un bar. En un restaurante, las instantáneas de un conocido fotógrafo que llegó de lejos, Arturo Cerdá y Rico, muestran un pasado de silleros y lavanderas. En una de ellas, un viejo segador parece un Cristo más llagado y más auténtico que el que llora sangre negra y duerme en su barroco de mancas arrependidas y burras reventadas.